

nietzscheano que Badiou no cesa de citar: "Dios ha muerto". Lo que significa: el ser no es uno. Después sí, Badiou va a hablar de una situación estructurada. La estructura "cuenta por uno" una situación. El "mundo" al cual se refieren los hermeneutas sería entonces una situación estructurada: ya no se trata de una multiplicidad pura sino de una pluralidad de cosas que se presentan gracias a un lenguaje. Y como el ser no es una cosa ni se presenta, el ser de una situación, heterogeneidad pura, se im-presenta. Pero las piruetas dialécticas no se detienen aquí. Si una cosa es siempre una cosa, entonces el ser, que no se confunde con una cosa, tampoco es uno: el ser es aquella multiplicidad pura. Y todavía más: decir que una cosa es una cosa significa que esa cosa resulta finita. Incluso el Dios cristiano, va a decir Badiou, desde el momento en que es uno, es finito. Ahora bien, si el ser no es uno, y por consiguiente no es finito, entonces es in-finito. La infinitud, puede decirse, no es el predicado de un ser supra-terrenal sino, al contrario, la banalidad de cualquier situación.

¿Complejo, no? Mucho menos de lo que un lector inadvertido puede encontrarse al recorrer las páginas de *El ser y el acontecimiento* o *El Número y los números*. Pero continuemos un poco más, tal vez lleguemos a aclarar esta dialéctica. Habíamos dicho que para Badiou la verdad matemática no hablaba acerca de las cosas sino del ser. Sólo el saber tiene como correlato los objetos. El saber, justamente, "cuenta por uno" todos los elementos de una situación. De alguna manera, es lo que Menón le contestaba a Sócrates: ya sabemos lo que es la virtud, la literatura, la lluvia, Venus, los átomos, etcétera. En síntesis, este saber es la *doxa* de Platón o la "pre-comprensión" heideggeriana. Si hay algo acer-

ca de lo cual nada sabemos, entonces nada podremos ya saber. Ahora bien, ¿qué es eso acerca de lo cual nada sabemos? Eso es el ser de una situación, acerca del cual nada podemos saber porque no es, precisamente, un objeto. Acerca del ser de una situación, sólo podemos decir una verdad ontológica, es decir, matemática. Por eso Badiou suele citar a Lacan: una verdad "hace agujero" en el saber. O dicho en otros términos: siempre se dice una verdad acerca de lo impresentado de una situación, de lo que se sustrae al "campo de lo nombrable", de lo indiscernible para un lenguaje natural. Wittgenstein había concluido su *Tractatus* con la siguiente afirmación, muy semejante a la del sofista Menón: "De lo que no se puede hablar, mejor callar." Badiou le responde: son las matemáticas quienes hablan allí donde los lenguajes de una situación deben guardar silencio.

Intentemos aclarar todo esto con un ejemplo. Antes de Galileo, podría decirse, no existía el movimiento rectilíneo uniforme. Se conocía, eso sí, un movimiento uniforme: el de los astros. Pero no era rectilíneo sino circular. Se conocía también un movimiento rectilíneo: el de las cosas que caían. Pero no era uniforme sino variable. Existía también el movimiento de las cosas que se desplazan, pero sólo era posible gracias a un esfuerzo constante por evitar que caigan o permanezcan en su lugar natural, que era abajo. En síntesis: el movimiento rectilíneo uniforme era lo impresentado de esa situación, lo indiscernible, lo que se sustraía al saber establecido. Y sin embargo, la física de Galileo estableció una verdad que explica tanto el movimiento de los astros como el de las caídas a partir de la postulación de un movimiento inexistente en la física aristotélica. Justamente, Galileo debe postular

ese movimiento, agregar algo que no existía en el "campo de lo nombrable". Por eso Badiou dice que la verdad, que es verdad de lo que falta o no fue tomado en cuenta por un saber, está siempre en exceso con respecto a la situación, es un nombre de más, un suplemento: "movimiento rectilíneo uniforme", en este caso.

Galileo nos invita a imaginarnos ese movimiento, ya que no existe entre los datos observables por la experiencia empírica. Dice: imaginémonos un cuerpo que se desplaza sobre un plano infinito y sin rozamiento, este cuerpo se desplazará según un movimiento rectilíneo y uniforme. Alguien podría alegar que se trata de una experiencia imaginaria y no matemática. Pero veremos que no es así. Lo interesante, en todo caso, son las dos condiciones que Galileo propone para pensar este movimiento. Primero: se trata de un plano infinito, algo que no existía en la física aristotélica ni en la cosmología medieval: infinito era Dios y todo lo creado por Dios era finito. Ya Alexandre Koyré había hablado de un pasaje "del mundo cerrado al universo infinito" para referirse a la revolución renacentista. Segunda condición: se trata de un plano "sin rozamiento", de modo que el movimiento debe producirse en el vacío. Algo que también resultaba impensable durante el medioevo: Dios no podía haberse olvidado de crear algo, no había podido dejar un lugar vacío. Así pues, el cero y el infinito propuestos por Galileo no provienen de la cosmología medieval (por lo menos, y es la tesis de Koyré, de la cosmología anterior a Giordano Bruno). Proviene de las matemáticas. Pero que la idea de Galileo proviene de una verdad matemática, es algo que se sabrá con los años. En efecto, ese plano sin rozamiento y sin obstáculos es un espacio donde

no interviene ninguna fuerza. Newton dirá más tarde que la causa de la aceleración o la desaceleración de un cuerpo es siempre una fuerza. La fuerza gravitacional, por ejemplo, hace que un cuerpo se acelere cuando cae y se desacelere cuando sube. Ya no hay "arriba" y "abajo" como en la cosmología medieval, sino fuerza gravitatoria: la caída de los cuerpos y las órbitas de los planetas se explican por el mismo principio. Newton lo había expresado en una fórmula: $f = m \cdot a$ (la fuerza es directamente proporcional al producto de la masa por la aceleración). De alguna manera, esta fórmula explica, retroactivamente, la experiencia de Galileo: si un cuerpo se mueve en el vacío, es decir, donde no interviene ninguna fuerza ($f = 0$), lo hace de manera rectilínea y uniforme, sin acelerarse ni desacelerarse ($m \cdot a = 0$).

Badiou hubiera podido hablar entonces del "acontecimiento-Galileo": una verdad "imposible" e "impensable" desde la perspectiva de la cosmología medieval. O para decirlo con su propio léxico: una verdad indecidible. Para que se produzca el "acontecimiento-Galileo" tuvieron que reunirse entonces cuatro factores. En primer lugar, la existencia de un indiscernible: el movimiento rectilíneo uniforme como lo innombrado del saber medieval. En segundo lugar, una verdad indecidible ya que es la verdad acerca del saber medieval sobre los dos tipos de movimiento y sin embargo excede ese saber (por eso esa verdad no puede ser deducida de sus axiomas sino que debe ser postulada). En tercer lugar, esa verdad tiene un trasfondo matemático porque implica dos "no-objetos": el cero (el vacío) y el infinito (la multiplicidad pura). Por último, un Sujeto, el propio Galileo, desde el momento en que tuvo que sostener ese postulado inicial, esa deci-

sión acerca de lo indecible, a pesar de todas las evidencias empíricas en su contra; a pesar, incluso, de las amenazas contra su vida.

El Sujeto, dirá entonces Badiou, es siempre un militante, alguien que decide y se mantiene luego fiel a esa decisión, aun cuando vaya en contra de la opinión dominante. Porque lo más curioso de todo, como lo señaló alguna vez George Canguilhem, es que Galileo no pudo aportar las pruebas empíricas de sus teorías; más bien al contrario, todos los experimentos que realizaba resultaban fallidos. Y sin embargo, continuaba aquel historiador del pensamiento, Galileo "estaba en lo cierto" como se comprobará mucho más tarde gracias a Newton. El Sujeto de Badiou, podría decirse, es aquel que "está en lo cierto" y que se obstina, a pesar de las evidencias empíricas en su contra, en sostener eso que, a fin de cuentas, habrá sido verdad retroactivamente.

Se entiende entonces por qué Badiou decide mantener la categoría de Sujeto. Pero a condición de destituir la categoría de objeto que lo acompañó a lo largo de la modernidad: "La tarea de un pensamiento semejante —afirma en su *Manifiesto por la filosofía*— sería producir un concepto de sujeto tal que no se apoye en ninguna mención del objeto, un sujeto, podríamos decir, sin frente a frente." Badiou invierte así la propuesta de su maestro Althusser quien concebía la verdad como un objeto sin sujeto (lo que significaba, para este marxista, una verdad acerca del objeto que no dependiera de la conciencia o de la experiencia empírica, ya que sólo así era posible un conocimiento no-ideológico o científico). La propuesta de Badiou significa que la ciencia, en tanto se basa en el lenguaje formal de las matemáticas, no es el conocimiento de

un objeto sino una determinación del sujeto, en la medida que lo sustrae al tejido de evidencias, prejuicios y presupuestos del sentido común o la experiencia cotidiana. En efecto, lo que caracteriza a las demostraciones científicas es su oposición a la evidencia: como en el caso de Galileo, las verdades científicas no pueden ser intuitas inmediatamente, requieren del cálculo y de condiciones artificiales de experimentación. En este sentido, Badiou continúa una tradición que se remonta a Platón, a Spinoza, pero también a Marx, para quien "la esencia de las cosas no se confundía con su apariencia". Al revés de lo que pensaban Husserl o Sartre, el ser de las cosas no es su presencia. Referirse a las cosas presentes es un gesto que caracteriza, por el contrario, a la ideología, el sentido común o la opinión.

Se impone entonces una última aclaración: para Badiou, la verdad no es solamente científica. Elegimos restringirnos a este problema para exponer su crítica al "giro lingüístico" de acuerdo con el hilo conductor que elegimos para esta primera parte. En realidad, Badiou habla de cuatro tipos de verdades: científicas, políticas, amorosas y artísticas, que la filosofía trata de pensar y volver compatibles. Puede parecer curioso, sin embargo, que este filósofo hable aquí del arte, y de la poesía en especial, cuando se trata de criticar la filosofía del "giro lingüístico". Dada la imposibilidad de una ontología, Heidegger había llegado a pensar que la poesía era, finalmente, el lenguaje del ser. Incluso Rorty, como vimos, va a decir que los grandes filósofos y científicos eran "poetas vigorosos", inventores de nuevos lenguajes capaces de "redescribir metafóricamente" el mundo. Para Badiou, es cierto, la verdad está ligada a una invención pero ya no se trata de describir ni de redescribir, y mucho menos "metafórica-